

Unas piernas memorables



MARIO ENRIQUE FIGUEROA

La botana y el servicio eran buenos. El ambiente amable, en cierta forma fraternal. Pero la razón de que resultara complicado ocupar una mesa más allá de las tres de la tarde, yo siempre la encontré en Patricia: alta, esbelta, muslos soberbios, perfil casi griego, destacaba para mí entre aquellas mujeres —cuatro, todas atractivas— que trabajaban en el lugar.

El casi lo imponía su tabique nasal, que hacía un poco aquilina su nariz. Por lo demás, sus labios tenían dibujo y carnosidad proclives, sus ojos color miel sonreían sin excederse en la burla o el desdén.

Ese rostro, sin embargo, era apreciado con brevedad. Algo comprensible ante esas piernas apenas cubiertas por minifaldas o muy cortos vestidos. A mí, la primera vez, me desquició verlas tan cerca del borde de nuestra mesa, mientras ella distribuía botella, vasos, refrescos, cubetita con hielos y tenaza.

Nos preguntó cómo mezclar las bebidas. Francisco Pura coca, Juan de Dios Sólo agua mineral, yo pintadito. Nos dirigió rápidas miradas al servir. Nosotros reojeábamos la proximidad de esos muslos tensando la seda de las pantimedias. “Mis dos manos, con sus largos dedos, no podrían circundar del todo uno de ellos.”

Durante la visita inicial a la cantina (de las pocas viejas —y auténticas, podría añadir alguien— que subsisten en el centro de la ciudad), los tres definimos preferencias femeninas. Porque Juan de Dios y Francisco, tras la inquietud provocada por las piernas de Paty, dieron por mirar con mayor insistencia a otras mujeres. Nada más yo no pude eludir desde entonces su hechizo, en el día predeterminado de cada semana para acudir al lugar.

Y comenzamos a platicar con ellas, a mostrar sin ambages gustos e inclinaciones. Los tres, hombres casados, con hijos adolescentes, nos permitíamos el juego de la infidelidad, la premonición de un hallazgo promisorio. Juan de Dios y yo hicimos algunos progresos, insinuamos invitaciones, adelantamos irreprochables prendas personales. “Patricia, me gustaría que un domingo saliéramos de paseo con tu pequeña hija.”

Lo dije sin imaginarnos tomados de la mano, la niña en medio, caminando entre la gente, los juegos mecánicos, los espacios reservados a leones, águilas, elefantes. Con seguridad por eso su mirada, de repente seria, me sobresaltó: calculaba en mí la hondura, la sinceridad de un posible interés diverso al de tener, admirar, poseer su cuerpo desnudo en una cama.

Siempre bebíamos una botella. Acaso agregábamos dos vasos antes de marcharnos, para azucar en el trayecto a casa la euforia declinante, pensando a las mujeres en otros lugares, en situaciones afines a nuestros deseos postergados.

Como dije, varias semanas mantuvimos ese ritmo en la asistencia y el beber. Pero era inevitable que, en cualquier ocasión, yo rebasara nuestro programa habitual o me presentara solo. Lo primero sucedió muy pronto. Lo segundo no tardó mucho.

Patricia había atendido otras mesas y cada vez que cruzaba el salón portando charolas llenas o vacías, acompañé sin distracciones la cadencia de su cuerpo, las sonrisas tolerantes dirigidas a la avidez de los parroquianos. Al principio discreto, tratando de seguir los comentarios de mis amigos acerca de asuntos irrecordables. Luego, ya solo,

obstinado, grabando en el recuerdo la forma de sus piernas desde todos los ángulos y en todas las posturas. Sin omitir las obligadas por el cansancio del ir y venir, cuando acodada en la barra, solicitando bebidas para los clientes empecinados, flexionaba las rodillas buscando aliviar sus pies. “Yo podría hacerlo, hermosa Patricia, con mis labios.”

Esa noche quiso retribuir con algunas miradas mi silente, prolongado homenaje. Así, tras resbalar amable un piropro o completar un servicio, con la charola escudando su vientre; al pasar cerca de mi reconcentrada apreciación; luego de preguntarse en el espejo que duplicaba las botellas alineadas en qué medida, prescindiendo de su cuerpo, era cierta o confiable mi ya evidente obcecación.

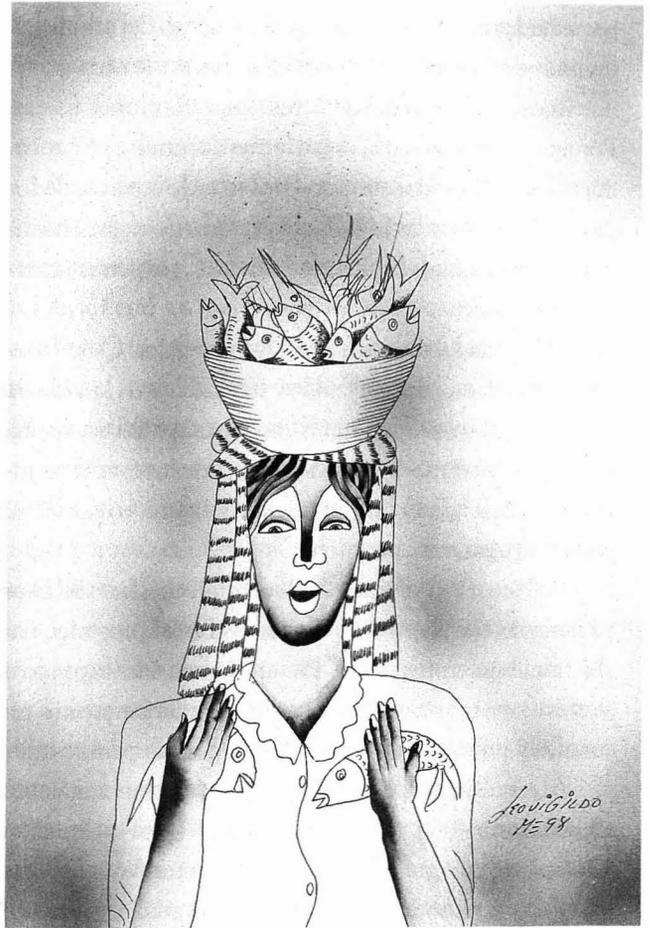
Cercana la hora del cierre le pedí se acercara. Intenté acariciarle una mano que retiró prudente, aunque sin rechazo. Deslicé sobre la madera la tarjeta donde constaba mi nombre, el teléfono de la oficina. Le supliqué me llamara. Sí: supliqué. Ella desdibujó la media sonrisa que dirigía a todos y en sus ojos resurgió el afán de explorar en profundidad mis intenciones, mis querencias.

Cogió el pedazo de cartoncillo blanco y letras negras, en cuyo reverso había escrito el mensaje irrevocable: “Patricia, me estoy enamorando de ti.” Sin prometer nada se alejó moviendo despacio las piernas memorables.

* * *

Su ritual incursión, de modo invariable y mediando breves pausas, sucedía a las cinco de la tarde. La aguardábamos consultando relojes, preguntando la hora. Debían ser puntuales y aparecían por una puerta lateral, una tras otra, con vestimentas recatadas, convocando sin esfuerzo las miradas que se volvían hacia ellas apremiantes, lascivas, golosas, para recorrer esas figuras andantes entre los hombres (y dos o tres mujeres que se comparaban con ellas envidiosas o displicentes o ambas cosas) rumbo al vestidor, llevando en bolsas de plástico, en pequeñas maletas las ropas ajustables a senos y vientres, siempre sin ocultar la seducción de muslos y rodillas.

Resultaba, pues, espectacular: los clientes dejábamos escuchar silbidos, aplausos celebratorios; meseros y cantineros también suspendían actividades; sobrevenía una pausa en los motivos de la convivencia hasta entonces asumidos, porque se reanimaban adormecidas fantasías, se aceleraban o desvanecían ebriedades, se respiraba el influjo sensual esparcido por sus presencias.



Ellas, paso a paso hacia el vestidor, acogían orgullosas esos tributos, acaso disfrutando del momento agradable de la ardua jornada, del único que les proporcionaba en verdad alegría o satisfacción.

Poco después, cuando regresaban al salón, era importante saber si la mesa ocupada sería atendida por la preferida de cada grupo, de cada quien. Y tras el descubrimiento de su presencia, a la cuarta o quinta tarde, Patricia se acercó de nuevo a nosotros. Mis amigos me palmearon la espalda. Ella infirió el motivo y entre dos parpadeos me sonrió.

No sobra recordar que habemos hombres lastrados por inconformidades y desarmonías con la vida. Entre las mujeres cabe suponer que también ocultan cicatrices y ambigüedades bajo las diversas máscaras cotidianas. A unos y otras poco sirve exhibir y proclamar súbitas y completas remisiones de caídas más o menos numerosas, más o menos recientes. Con todo, Patricia y yo parecíamos dispuestos a deslavar de las facciones que nos mostrábamos sucesivas caretas; a reconvertir pasadas inequidades y prometernos algún rescoldo de felicidad.

Lo anterior porque, justo al reaparecer con sus piernas espléndidas frente a nosotros, tuve la premonición del ries-

go: un ardor en el corazón, un encogimiento del estómago, una subversión afectiva que podían hacerme otro.

Receloso lo busqué defectos, imperfecciones físicas. Porque a mí el amor, o la única forma del amor que conozco, me entra por los sentidos —sobre todo a través de los ojos y el tacto—, desde la figura primero deseada, entonces esa que, incluida la prominencia nasal, no permitía menoscabo.

Acobardado, me adentré en sus vivencias. Quiero decir, aventuré sucesos previsibles, infaltables en la vida de una mujer joven que tiene una hija pequeña y trabaja en una cantina; le inventé veleidades adolescentes, revanchas juveniles, infidelidades inocentes; le configuré, en suma, un pasado ligeramente promiscuo.

No bastó. Y conforme repetía brindis con Juan de Dios y Francisco, me ganó el impulso de endilgarle experiencias abiertamente empuetecidas. Pretendí verla sustituyendo a ciertas mujeres en las situaciones prostibularias que mis recuerdos y suposiciones más procaces podían permitirme.

Este intento resultó asimismo vano: su comportamiento en la cantina —sitio para ella de trabajo—, su inclinación a compartir los significados de nuestro entendimiento, me hicieron experimentar, en cambio, una necia sensación de seguridad y de triunfo.

* * *

Veámos los partidos de futbol en las televisiones ubicadas en altas repisas. Coreábamos goles y denostábamos fallas inconcebibles, aunque sin dejar de acechar el continuo tránsito de piernas en todas direcciones. Yo, por supuesto, de manera invariable las de Patricia. Porque nuestra animación estaba destinada a buscar cobijo en aquellas presencias femeninas: con el pretexto del futbol, reanimábamos exultaciones adolescentes que requerían la atención de las mujeres. Ellas compartían y toleraban sapientes esas manifestaciones de júbilo o descontento. Se reconocían como el refugio último de la exagerada algarabía. Así ha sido siempre, estén o no junto a nosotros, sin importar cuál sea el motivo que reúne a todo grupo de desamparados. Y cuando hay un atisbo de respuesta personal, el pretexto, cualquiera presumible, termina por diluirse.

Patricia lo había esbozado para mí mediante una sonrisa, una mirada inusuales. Y había escuchado mis palabras, aceptado mi tarjeta. Aún no me llamaba por teléfono, pero aguardaba paciente ese momento. Para entonces era yo quien urgía a Juan de Dios y Francisco a visitar más

asiduamente la cantina. Cuando aceptaban, sabían que poco o nada participaría en la plática, que ya no me entusiasmaría con los partidos de futbol. Su interés por las mujeres del lugar, a diferencia de lo que pasaba conmigo, era un divertimento momentáneo, pasajero.

En pocas semanas Patricia se convirtió en el centro absoluto de mi atención. No sólo en la cantina, persiguiéndola con ojos obcecados, sino a través del recurso de la imaginación. Mientras estaba en la oficina o en casa pensaba en ella, en sus actividades diarias, en las recomendaciones a la vecina que cuidaba a su hija al salir a trabajar. Siempre sin suponerle un novio o un amante, algo ajeno a su manera de ser en la cantina, al principio de respuesta insinuado a mi enamoramiento.

Francisco y Juan de Dios dejaron de insistir en que nos marcháramos juntos. Para ellos se volvió costumbre dejarme en nuestra mesa hasta que cerraban el lugar. Las mujeres entraban al vestidor a cambiarse y los últimos clientes salíamos a la calle. Patricia nunca aceptó que la esperara para llevarla a su apartamento. Vivía muy cerca —me advirtió la primera vez que se lo propuse— y se iba con una compañera. Lo pude comprobar dos o tres noches escoltando sus pasos a distancia. Y nunca quiso darme su número de teléfono.

Comencé a presentarme, casi diario, solo, en la cantina. Bebía unos tragos en cualquier parte y después iba en busca de Patricia, de la esperada respuesta a mi insistencia. No recuerdo haber visto antes al tipo, pero desde que entré y pedí una copa en la barra, advertí que sus acompañantes en una mesa le murmuraban algo y él ya no dejó de mirarme. Eso y el saludo renuente de Patricia al poner su charola encima de la madera brillantada por el resregamiento de jergas húmedas, me permitieron anticipar ciertas disconformidades con lo acontecido las noches precedentes.

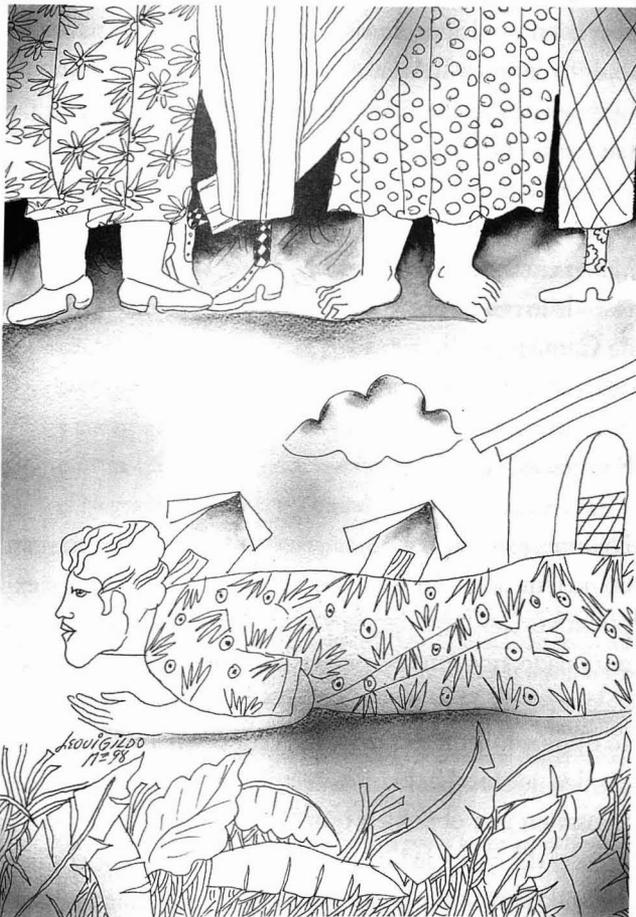
Por primera y única ocasión les sentí una extraña obscuridad a mis ojos en el momento de seguir el alejamiento de sus piernas. El rostro del cantinero me dirigió una leve expresión de alarma antes de inclinarse. Di un trago a mi bebida. En el espejo tras las botellas vi su reflejo acercarse. En seguida golpeó su codo contra el mío. No precisamente un golpe, en realidad un roce preventivo. Me volví para mirarle las dos pequeñas incisiones pálidas, verticales, en la ceja derecha. Había llevado su vaso a la barra y removía circularmente su contenido. Los nudillos del puño que así el vidrio ostentaban asimismo numerosas cicatrices. No quiso verme. Ni siquiera a través del espe-

jo frente a los dos. Entendí que ya me había observado lo suficiente desde su mesa.

Su voz apenas rencorosa amonestó. Todos los hombres buscamos eso en las mujeres. Es natural. Pero eso de Paty le pertenecía a él. No estaba dispuesto a dejar que nadie, por muy cabrón o cojonudo que fuera, se lo quitara. Aunque él —hizo una pausa para ojear burlón mi corbata, sólo mi corbata— no creía que yo estuviera dispuesto a que nos partiéramos la cara por Paty. Pero si me encontraba de nuevo rondándola, él sí me la iba a romper. Remató sus palabras empujando mi codo antes de regresar con sus amigos.

Patricia, las otras mujeres y varios parroquianos observaron nuestro encuentro. El cantinero me miró entre apenado y jocosos. Le pedí más ron. Pintadito, subrayé. Luego fui al sanitario. Pasé junto al tipo de las cicatrices y sus cuates: hablaban y reían olvidados de mí. Mientras orinaba me dije que lo mejor, por lo menos esa noche, era terminar mi copa y marcharme.

Sin embargo, al regresar al salón, lo primero que descubrí fueron las piernas de Patricia bajo la mesa en que estaban ellos. Parecía contenta. Recordé que no les estaba permitido a ellas departir con los clientes. Tenía encimado un muslo en el otro con irreconocible abandono y, entre



ambos, divisé un triángulo blanco. Sentí el vuelco en el estómago que siempre me provocaba mirarlos. Y en ese momento, al conocido vértigo se sumó el temor a las consecuencias de lo que decidí hacer.

Detuve mis pasos. Los hombres dejaron de hablar, de reír. Aguardaban. Patricia levantó por unos segundos su rostro asustado. Quien la había reclamado como propiedad suya, cerró los ojos, suspiró simulando tolerancia y bajó la cabeza. Me esforcé por que mis palabras se escucharan tranquilas, como si el portador de cicatrices no estuviera allí, al pedirle que me hablara por teléfono.

Tres segundos le llevó incorporarse, derribar vasos y botella, lanzarme un puñetazo. Pude esquivar ese primer golpe, pero no el impulso de su cuerpo que me derribó de espaldas. Busqué aprisionar su cuello para darle vuelta, pero una patada en las costillas aflojó el cerco de mis brazos, con los que ya sólo intenté cubrir mi cara.

Los meseros nos separaron, es decir, lo levantaron y sujetaron, impidiéndole regresar a mi cuerpo caído, a mi pómulo abierto, a mi boca sangrante. Parpadeaba reubicando personas y objetos y, antes de incorporarme, reconocí los muslos de Patricia entre quienes me rodeaban. No pude ver su rostro porque dos clientes me condujeron a la calle y me ayudaron a trepar a un taxi.

* * *

A mí me llevó poco más de una semana sanar heridas, reaparecer en la cantina. Francisco y Juan de Dios me acompañaron en previsión de nuevos altercados. Se mostraron solidarios. Pero estaban inquietos y cada vez que alguien entraba, me preguntaban con las cejas levantadas si era el agresor. Después de tres vasos me dijeron que había llegado el momento de cambiar de escenario, de retomar el ritmo medido de nuestra convivencia. Habían encontrado otro lugar. Los escuché silencioso, esperando las cinco de la tarde.

Cuando se inició el cadencioso arribo de las mujeres —aplausos, silbidos— y Patricia no entró, comencé a aceptar que tenían razón. Ellos fueron los que preguntaron por su ausencia, en tanto yo retomaba el interés por el desarrollo de un partido de fútbol. No puse mucha atención a lo dicho por un mesero —los dueños del lugar no querían dificultades— y una de las mujeres: Patricia ya no trabaja, en esa o en cualquier otra cantina, porque se había casado. Luego de un rato yo, irritado, golpeé con un puño la mesa: al equipo del que era partidario le acababan de meter un gol. ♦